

FRANCIS OAKLEY, *Empty Bottles of Gentilism*, Yale University Press, New Haven, 2010. 306 páginas.

Francis Oakley, profesor emérito en Williams College (Massachusetts, EE. UU.), es un distinguido medievalista nacido en Liverpool y formado en Oxford que ha desarrollado toda su carrera académica al otro lado del Atlántico: primero en Yale, brevemente, y ya desde comienzos de los sesenta del pasado siglo, en la institución que aún hoy lo acoge. Ha publicado profusamente sobre Historia de las Ideas e Historia Eclesiástica, pero también sobre las instituciones universitarias y la tradición educativa estadounidenses. *Empty Bottles of Gentilism* constituye el primer volumen de una serie con el título —moderadamente polémico, como aclara Oakley en la introducción— “The Emergence of Western Political Thought in the Latin Middle Ages”. Un intento de trazar y reafirmar la influencia de los siglos medievales en la construcción de la tradición política occidental, frente al extendido mito político que nos hace herederos directos de una idealizada Antigüedad clásica griega y romana. Las botellas vacías que dan nombre al libro pertenecen a una cita de Thomas Hobbes (1568-1679)¹: los recipientes ideológicos e institucionales del paganismo, rellenos por los doctores de la Iglesia con un contenido, el vino del cristianismo, que a la postre habría de rebosarlos o romperlos.

La sencilla tesis de Oakley en *Empty Bottles* parte de una premisa: la idea

común según la cual nuestra política secular moderna tiene su mayor deuda con la Antigüedad clásica griega y romana, saltando un paréntesis medieval de política teocrática, está errada. Por un lado, en la ciudad antigua la política nunca fue secular en el sentido moderno. Antes al contrario, todo el edificio político e institucional de la Antigüedad, en Grecia y Roma, pero también entre las naciones celtas y germánicas y desde lo más remoto de los tiempos en Egipto y Mesopotamia, se fundó en las religiones agrarias y sus ciclos anuales de fecundidad, principalmente a través de la figura, extendida entre las culturas más diversas, de la realeza sagrada. El rey sagrado aunaba funciones políticas y militares, judiciales y sacerdotales, y era el encargado de devolver la fecundidad a los campos tras el invierno y restaurar el orden del mundo. Incluso cuando las ciudades antiguas expulsaron a sus reyes, determinadas funciones político-religiosas quedaron en manos de magistrados-sacerdotes como el arconte *basileus* (rey), el *rex sacrorum*, el *pontifex maximus* o los *flámines*. Y la sacralización del monarca resurgirá, tras los experimentos republicanos o democráticos en Grecia e Italia, en las monarquías helenísticas y en una monarquía romana imperial que también se inspira en las formas del helenismo y acabará desplazando su centro de gravedad hacia Oriente. Además, la propia constitución

¹ Thomas HOBBS, *Leviathan* (1651), Penguin Books, Harmondsworth, 1985, p. 681.

social y cultural del hombre antiguo impide trazar paralelos efectivos con su contrapartida moderna, e incluso la persistencia de conceptos de aparente traza antigua como libertad se difumina cuando analizamos lo que significaron para unos y otros. Como señala Oakley en el prólogo (p. 5), pocos se atreverían hoy a negar la muy distinta manera en que el hombre de la polis griega vivía su individualidad y su pertenencia a la comunidad, y el hecho de que ésta no se componía tanto de individuos cuanto de linajes y fratrías, pervivencias de una realidad tribal y gentilicia ajena por completo a nuestro mundo moderno de sujetos moral y políticamente autónomos y lealtades abstractas. Habría quizás que rescatar un clásico algo olvidado, Fustel de Coulanges (1830-1889), que en *La Cité Antique* delineó minuciosamente el entramado de vínculos entre la psicología del hombre antiguo, sus sistemas de parentesco y afiliación social, su religión ancestral y las constituciones políticas de las ciudades mediterráneas. Apuntó ya que la libertad de los antiguos no debía confundirse con una autonomía individual en el sentido moderno, sino que concernía más bien a que cada uno ocupase el lugar que le era propio en su familia y comunidad, y que su ciudad no estuviese sometida a extranjeros.

Pero si la Antigüedad resulta ser tan radicalmente distinta de nuestro mundo moderno, ¿dónde buscar las raíces de nuestra política secular? Para Oakley, la respuesta es precisamente la Edad Media latina y el cristianismo. El triunfo de la nueva religión, trascendente y con una concepción lineal del tiempo de la Salvación, abole los ciclos de fecundidad y las

formas sociales y políticas del gentilismo antiguo. La figura de Cristo, al tiempo divina e histórica, impide asimilar la política terrena con la realidad trascendente de la divinidad. Con las consabidas vacilaciones durante siglos en el papel religioso de los gobernantes —desde los emperadores que siguen la senda de Constantino, vicario de Cristo, hasta la reinención del Estado en el ocaso de la Edad Media, pasando por los reyes taumaturgos en Francia, la cristomimesis de los reyes alemanes y el ascenso de la Monarquía Papal—, tenderá a separar la Ciudad de Dios y la terrena, dejando espacio para el florecimiento de una política puramente secular. Entre paganismo y cristianismo, Antigüedad y Medioevo, Oakley dedica una parte central de su relato (pp. 40-63) a la excepcionalidad judía, que tanto peso habrá de tener en la transición entre ambos y en la configuración de las nuevas ideologías políticas.

Se diría que el mérito del libro de Oakley no es tanto proponer unas ideas enteramente nuevas cuanto casar las piezas de un rompecabezas que estaban ya a la mano aunque dispersas y que, quizás nadie hasta ahora había armado con tan claro propósito en un relato original de la evolución de las ideas políticas en Occidente. Los hombres que dieron forma a nuestra tradición política tenían muy presente la historia y la cultura clásicas, que estudiaban como ejemplo perpetuo sobre el que edificar tanto la educación personal como la virtud cívica. Menos atención y respeto les merecían los largos siglos medievales, que asociaban con un pasado incómodo de barbarie que era preciso repudiar. Recordemos que durante la Ilus-

tración adjetivos como gótico y feudal eran frecuentes cuando se pretendía censurar algún uso estético, social o político considerado indigno de la luminosidad de la época. Las nuevas repúblicas surgidas de las Revoluciones Atlánticas tendieron a rodearse de una escenografía neoclásica que iba desde la proliferación de senados, cónsules, capitolios y campos de Marte hasta la imaginería romana de Jacques-Louis David (1748-1825) y la parafernalia imperial de Napoleón Bonaparte (1769-1821), pasando por los discursos laudatorios que hacían de George Washington (1732-1799) un nuevo Cincinato². Incluso la misma peripecia histórica de los protagonistas de estas revoluciones parecía a veces imitar algún pormenor sacado de las páginas de Cornelio Tácito (*circa* 55-120), Tucídides (*circa* 460 a. C.-396 a. C.) o Gayo Salustio (86 a. C.-34 a. C.); y quizás nadie resumiera mejor que uno de ellos, Louis Antoine Léon de Saint-Just (1767-1794), el mito político creado en torno a la Antigüedad, cuando en su discurso del 13 de diciembre de 1792 en la Convención afirmó: “El mundo ha estado vacío desde los romanos, y su recuerdo es nuestra única profecía de libertad”. No obstante, los ropajes clásicos ocultaban una realidad más compleja que en ocasiones se expre-

saba de manera paradójica; como cuando los ingleses Thomas Gordon (1691-1750) y John Trenchard (1662-1723) escogieron el pseudónimo Catón (el Joven) para defender, en las famosas *Cato's Letters*³, una concepción de la política que debía más a la reforma protestante y a las tradiciones históricas inglesas de libertad que a la ciudad antigua.

El Romanticismo operó una rehabilitación estética de la Edad Media que, sin embargo, no alcanzó por lo general a la política más allá de la recuperación, recreación o invención de mitos y leyendas medievales que otorgasen un marchamo de antigüedad y un aliento épico a las nuevas naciones decimonónicas: mal podía el siglo del triunfo de la burguesía y de la secularización del Estado aceptar unas formas políticas tan ligadas a una concepción estamental y teocéntrica de lo político. De hecho, podría argüirse que fue precisamente en el momento en que la burguesía tomó conciencia de la inevitabilidad de su triunfo cuando pudo adoptar con tranquilidad el antiguo mundo feudal contra el que se había alzado como escenario de fantasías nacionales o paisaje para el escapismo personal frente a una vida crecientemente tecnificada, compartimentada y ordenada por la Razón y el Estado.

² Lucio Quincio Cincinato (*circa* 520 a. C.- *circa* 430 a. C.), militar y político conservador romano de la época republicana. La tradición refiere que, cuando vivía humildemente retirado en sus tierras, fue llamado a salvar la República de una invasión de naciones itálicas enemigas. Pasado el peligro, renunció a la dictadura y regresó a la vida de un campesino particular. Tras la independencia de las colonias norteamericanas, dio nombre a la Sociedad de los Cincinnati, una organización histórica y patriótica de carácter militar, de la que Washington fue primer presidente; y, a través de esta, a la ciudad del mismo nombre.

³ Las *Cartas de Catón*, una serie de ensayos publicados en Londres entre 1720 y 1723 y que tuvieron una extraordinaria influencia sobre los ideales y discursos políticos de la Revolución americana.

A la vez, los estudiosos de la historia y el derecho siempre han tenido presente el peso inmenso de la Edad Media en la configuración de la forma y la sustancia de nuestras sociedades políticas. Algunos, como Marc Bloch (1886-1944), ensayaron incluso análisis de cierto calado que se adentraban en los confines de la Teoría Política. Véanse por ejemplo los pasajes que el gran medievalista francés dedica a la influencia del pacto vasallático sobre la noción de contrato social en las consideraciones finales de *La Sociedad Feudal*⁴.

La mención de Bloch no es arbitraria: el lector lo encontrará citado en los capítulos dedicados a los siglos altomedievales (“Sacral Kingship in the Germanic Successor Kingdoms” y “Fidelity, Consent, and the Emergence of ‘Feudal’ Institutions” (pp. 143-199). No en vano es autor del estudio clásico sobre los poderes sanadores de las realezas francesa e inglesa, *Les Rois thaumaturges*⁵, con el que se doctoró en 1924. La capacidad de sanar asociada a los reyes merovingios y luego a sus sucesores franceses y a los monarcas ingleses representa una pervivencia medieval del aspecto sacro de la realeza en su acepción culturalmente más ingenua y pura: la capacidad de devolver la salud a los enfermos y la fecundidad a la tierra. También las diversas tradiciones y narraciones del ciclo artúrico que se suceden hasta las postrimerías de la Edad Media suelen recoger modalidades del antiquísimo mito de la tierra devastada, sin Rey,

presente ya en Mesopotamia con el relato de Tammuz/Dumuzi, engarzándolo con una mística de inspiración cristiana más o menos ortodoxa a través del mito del Grial. Por cierto que Arturo, con sus evidentes rasgos de rey sacro y su parafernalia céltica, no aparece por las páginas de *Empty Bottles*; quizás halle mejor acomodo temporal en futuras entregas de la serie. En ocasiones, forzado por la necesidad de apuntalar su relato, Oakley se aventura en terrenos menos firmes. Sus lecturas de Agustín de Hipona (354-430), aunque eruditas y bien fundamentadas, divergen de buena parte de las interpretaciones corrientes del africano (pp. 117-142).

En ocasiones debe llenar lagunas historiográficas con suposiciones basadas en los paralelos histórico-etnográficos, como cuando adjudica (pp. 146-151) también la realeza sagrada a los germanos, a pesar del carácter electivo que la institución tuvo entre ellos. En ausencia de datos concluyentes, en este caso, podríamos citar en apoyo de la argumentación de Oakley que la más notoria monarquía con tintes de sacralidad que sobrevive en nuestros días es, de hecho, electiva: la romana.

Empty Bottles of Gentilism y la serie a la que pertenece se han anunciado como un cambio de paradigma en el estudio de la evolución del pensamiento político occidental. Si el juicio parece algo aventurado, o apresurado al menos, hay que reconocerle al libro de Oakley el evidente mérito de presentar con claridad y erudi-

⁴ Marc BLOCH, *Feudal Society*, vol. 2, *Social Classes and Political Organization*, The University of Chicago Press, Chicago, 1961, pp. 450-452.

⁵ Marc BLOCH, *Les Rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, Gallimard, Paris, 1998.

ción un panorama más matizado y complejo del origen de nuestras tradiciones políticas. Uno que no reniega de ese supuesto paréntesis medieval sino que reconoce la importancia de la Edad Media latina en la conformación de la política secular en Occidente, así como las profundas diferencias entre esta y sus supuestos antecesores directos en Grecia y Roma. El mito de la Antigüedad clásica sigue muy presente en nuestra concepción de la política, incluso —o sobre todo— en el nivel popular. Aún en fechas recientes hemos asistido en España a manifestaciones y discursos en los medios de comunicación donde se reclamaba la vuelta a una imaginada democracia prístina de los atenienses

como solución a los dilemas del presente. No cabe imaginar que nadie en un futuro próximo reivindique, megáfono en mano, los tribunales de ciento o los obispados medievales.

Pero la obra de Oakley, no tan lejana en talante de las relecturas y adiciones al canon de la teoría política que, desde posiciones contrapuestas, han ensayado strausianos y contextualistas, ofrece los fundamentos y el marco interpretativo para ir alumbrando una historia de la ideas políticas más rica y menos esclerótica y maniquea.

JORGE SAN MIGUEL LOBETO